

El ángel (fragmento)

Zorobabel Galt



Capítulo 1

Me gustaban los ángeles. Nunca había visto de cerca uno, pero los imaginaba buenos, amigables, bondadosos. Me hubiera gustado conocer uno femenino, mujer, aunque sabía que eso era imposible: los ángeles no tienen género, lo dice la Biblia. Eso hacía más intrigante el cruce entre la especie humana y la especie angelical descrita en el Libro de Génesis. ¡Vaya misterio!

Una vez escribí un relato manuscrito acerca de la caída de un ángel en mi casa, en la casa del narrador. Era un ángel femenino y hermoso. Y le trajo muchos problemas al narrador y al escritor (había escenas de alto contenido sexual que mi exesposa no soportó, se sintió asqueada con la posibilidad de que su marido pensara en tríos sexuales, incluyendo a ángeles o no, y rompió el cuaderno donde yo hacía catarsis cada vez que podía, mientras trabajaba desde la madrugada hasta la noche juntando basura para sostener a la familia, nada del otro mundo, lo mismo que hacen millones de homo sapiens en todo el mundo). Pero yo quería algo más. Yo todavía quiero algo más. Todavía no encuentro lo que estoy buscando, como diría U2.

La cuestión es que, si bien el cuaderno con aquel ejercicio literario desapareció (fue roto, arrojado al retrete y luego a la basura), se lo llevó el camión recolector de la compañía en la que yo trabajaba (¡oh paradoja!), la obsesión con el mundo espiritual no desapareció, sino que, al contrario, se intensificó, y mucho más cuando por fin me despidieron. No me olvidé de aquel relato, al igual de otro (El bosque de piedra) que tengo guardado en la computadora con varias copias de diferentes correcciones y que abandoné hace un par de años (creo que es hora de echarle una mirada y terminarlo de corregir, porque de escribir ya lo hice). Guardo escenas en mi memoria y también el recuerdo de lo mucho que disfruté escribirlo y lo bien que me hizo hacerlo. La escritura es evasión en el sentido de liberación. Es como escapar de Alcatraz o San Quintín. Y ser el único en lograrlo. Es como la huida del conde de Montecristo, aquel mamotreto que leí cuando era chico y cuyo argumento aun recuerdo, aquel mamotreto que quizá vuelva a leer, que habla de resurrección, y apego, y venganza (o revancha, no recuerdo muy bien). El relato aquel (al que no recuerdo haberle puesto nombre) era más o menos así: una mañana el protagonista (tampoco recuerdo su nombre, aunque lo más probable es que lo halla nombrado M., como Kafka), el protagonista, pues, M., despierta una mañana sobresaltado por un fuerte impacto que él, medio dormido, asume sismo o terremoto o cataclismo semejante, al salir corriendo en ropa interior a la calle descubre dos cosas: 1) que apenas está amaneciendo, el cielo empieza a aclararse en el este, en dirección al bulevar B. Quintana (el protagonista vive en Querétaro); y 2) hay un enorme ángel hundido en un enorme pozo (habría que hablar mejor de un cráter de considerables dimensiones) en el patio en frente de su casa. El cráter se extiende incluso hasta la

calle. Curiosamente, a pesar de la estampida del impacto, ningún vecino se ha asomado, la calle sigue en silencio y solo se oye el ruido de los pocos vehículos que circulan por la avenida más allá del terreno baldío que hay en la esquina. M. no sabe qué hacer ni qué pensar aunque cree estar completamente despierto. El ser en el fondo del cráter debe medir veinte metros, tiene alas, viste ropas blancas, es mayormente dorado (sus cabellos todavía resplandecen) aunque empieza a apagarse. Eso es lo primero que M. constata: aquel ser, que M. ya ha supuesto ángel, está apagándose. Su brillo disminuye, se vuelve cada vez más opaco. Poco a poco su color se normaliza y la luz dentro del cráter comienza a disminuir. Ahora solo yace en la oscuridad del fondo mientras emana algo como humo o vapor de su cuerpo (todo esto pasa en cuestión de segundos). M. no sabe qué hacer excepto quedarse allí observando. Espera que salgan sus vecinos en cualquier momento y no entiende por qué nadie lo ha hecho todavía. No necesita pellizcarse para saber que está despierto. El ángel gime dentro del cráter. Un gemido prologando, ululante, desgarrador, como el viento del invierno colándose por alguna rendija de una choza muy pobre; está sufriendo, le duele (¿habrá sabido antes lo que es el dolor?), y se encoge. Se está encogiendo ante los ojos atónitos de M. Al principio no se percató, pero luego fue evidente, mientras el ángel se apaga y gime también se encoge, ahora mide como quince metros, diez, cinco... Y es mujer. M. no lo duda, la forma del ángel es curvilínea, está boca abajo sobre el suelo, y sus blancas resaltan contra el fondo oscuro del cráter. Está desnudo, desnuda. Sus alas se desprenden de su espalda con un fuerte ¡crack! M. piensa en ramas que han sido desgajadas. El ángel suelta un profundo suspiro que le conmueve a M. las tripas. Las alas comienzan a desintegrarse y a ascender en una suerte de vapor de plumas o plumas de vapor. Casi llegan hasta la altura de los ojos de M. cuando por fin desaparecen. El ángel ahora no mide más que una persona promedio, una mujer promedio.

En el relato original, ahora recuerdo, llamé Gabriela al ángel aquel. Un poco por el ángel bíblico y otro mucho por una muchacha, mujer casada, de la que estaba profundamente (como el cráter) enamorado en ese entonces. Al recordar ahora aquel relato no creo que deba llamarlo igual. Ya veremos. La cosa es que M. no sabe qué hacer: no ha salido nadie, casi ha amanecido por completo, está en calzoncillos en medio de la calle, al borde de un pozo de unos seis metros de profundidad, en el fondo del cual hay una mujer desnuda tirada boca abajo. Puede ser difícil de explicar. La mujer, con su espalda aun sangrando (tiene unas horribles heridas a la altura de los omóplatos, donde nacían las alas), está tratando de incorporarse. Continúa gimiendo y emanando aquel vapor que es cada vez menos dorado y que empieza a disminuir.

—¿Estás bien? —pregunta M.

Lo cual no deja de ser una pregunta muy estúpida.

El ángel lo ignora o no lo escucha, concentrado como está en levantarse. M. no sabe si bajar a ayudarlo o no (aunque, si bajara, ya no podrían subir, y quedarían atrapados los dos allí: una mujer desnuda y él en

calzoncillos en el fondo de un pozo en el medio de la calle ante la mirada de todo el mundo. Sus vecinos hablarían de eso por los siglos de los siglos. Sería el hazmerreír de todo el barrio). De pronto recordó la escalera que tiene en su casa (urge sacar al ángel de allí) pero inmediatamente desecha la idea: la escalera no mide ni tres metros. No alcanzará.

—Tráela —dice el ángel.

—¿Perdón? —pregunta M., presuponiendo que el ángel entiende los modismos conversacionales de aquella región.

—Trae la escalera —vuelve a decir el ángel sin levantar la cabeza para mirarlo. Había logrado incorporarse temblando sobre sus rodillas y sobre las palmas de sus manos—. Servirá.

M. corre a su casa. Entra corriendo, deja la puerta abierta, va directo al patiecito posterior, no se le ocurre vestirse ahora. Carga la escalera y vuelve con ella junto al pozo. El ángel sigue en cuatro patas. M. trata de no fijarse en sus caderas rosadas, en aquella postura erótica tan apropiada para el acto sexual, ni en el culo bien formado de aquel ángel sufriente.

—Pásamela —dice el ángel.

M. se agacha deslizando la escalera a la par de la pared pero descubre que no alcanzará a apoyarla en el suelo. Se arrodilla al borde del pozo y luego se tiende cuando largo es sobre la tierra que nota caliente. Los guijarros se clavan en su carne. Faltan como dos metros para que la maldita escalera toque el fondo del cráter pero M. no tiene más remedio que dejarla caer, esperando que no resbale toda hasta el fondo: el ángel no parece tener fuerzas ni para hablar. Milagrosamente, la escalera se apoya suavemente en el suelo y... comienza a crecer hasta sobresalir del borde. M. observa espantado cómo crece hasta quedar perfectamente apoyada frente a él. Sabe que el ángel lo hizo, porque lo ve desplomarse exhausto en el fondo. M. tendrá que bajar para ayudarlo a subir.

Me he convertido en un estereotipo. ¿Cómo sucedió esto? Soy un escritor mediocre, frustrado, que no ha publicado nada, y que se consuela recordando relatos que alguna vez escribió y que dejó sin terminar. Pero al menos escribo. Y eso es lo que tengo que hacer. Como Sansón girando como un burro la piedra del molino en la cárcel filistea mientras recupera su fuerza.

M. sabe que debe hacerlo cuanto antes. Los vecinos pueden salir en cualquier momento, o un carro puede dar vuelta a la esquina, incluso una patrulla (a la vuelta de la esquina hay un módulo policial), y M. ya ha decidido (aunque probablemente todavía no lo sepa) que esconderá al ángel de la opinión pública hasta que pueda recuperarse (si lo hace) y él (o ella) decida qué hacer.

Desciende a toda prisa por la escalera hasta el fondo del cráter que está aun más caliente que la superficie (M. tiene que dar brinquitos continuamente, de un pie a otro, y volver a la escalera porque se le queman las plantas de los pies). Desde el último escalón trata de alcanzar al ángel que parece estar inconsciente boca abajo (¿no se derritirá si sigue allí?).

—Ya voy —dice el ángel—. Deja que me recupere.

—No tenemos tiempo —dice M. sin saber lo que dice o porqué lo dice. Solo habla por hablar. Se siente como en un trance: nada es real. Todo lo es.

—Lo sé —contesta el ángel—. Dame un segundo.

M. lo espera. Aprovecha para mirar hacia arriba, el cielo luce muy azul, despejado, más allá del pozo. Un día normal. M. recuerda que es domingo. Ese día la gente se levanta más tarde. El mundo tarda en despertarse. La mayoría no trabaja. Es por eso que nadie ha salido, ni escuchado ni visto nada.

El ángel está tratando de incorporarse, otra vez sobre sus palmas y sus rodillas como el profeta Daniel junto al río Tigris (solo que ahora los papeles están invertidos). M. se siente un poco incómodo ante su desnudez y evita mirar.

—Dame una mano —dice el ángel con una voz cavernosa pero indudablemente femenina.

Ha extendido su brazo izquierdo sin voltear a mirarlo y M. lo agarra. Está muy frío. Como un cadáver. M. se estremece cuando lo toca.

—No tengas miedo, es normal.

M. intenta atraerlo hacia sí pero pesa demasiado. No lo puede mover. Es como tratar de empujar una montaña. Jamás lo logrará. M. se desespera. ¿Cómo sacará a esa mujer de allí? No tiene las fuerzas necesarias para levantarla. Esa mujer curva el espacio.

—Usa tu mente —dice ella—. Piensa que lo haces y lo harás. Sácame de aquí con tu mente. ¡Rápido!

M. no se detiene a cuestionarla. Sabe que es verdad. Y también sabe que no hay tiempo que perder. Deben ser ya las siete de la mañana. Por muy domingo que sea, la gente tiene que despertar en algún momento, y salir por el pan o el periódico, o sacar a sus perros para que hagan sus necesidades.

M. vuelve a coger el brazo de la mujer que había soltado y piensa que la levanta entonces ella de repente es tan liviana como una pluma y M. la carga exánime sobre sus hombros y sube con ella a cuesta por la escalera y en un santiamén está arriba otra vez en la calle corriendo hacia su casa y cerrando la puerta de un portazo detrás de sí.

(2019)